

Reseñas críticas

A propósito de McMahon, Darrin & Moyn, Samuel (eds.), **Rethinking Modern European Intellectual History**, New York, Oxford University Press, 2014, 305, pp.

“Es difícil recordar un momento donde la historia intelectual haya figurado tan centralmente tanto en la vasta empresa historiadora como en las humanidades en general” (p. 3). A partir de éste diagnóstico inicial, McMahon y Moyn ofrecen una lectura colectiva de la situación actual de la historia intelectual, tomando en cuenta la situación periférica que, hasta hace poco tiempo, presentaba frente a otras zonas historiográficas más fuertemente consolidadas como la historia económica o la historia social. Esa visibilidad conseguida por la historia intelectual, especialmente en el caso europeo, ha disparado una situación paradójica de acuerdo a los compiladores: la legitimación de la sub-disciplina contra la tradicional historia de las ideas o del pensamiento, propulsó la sobre-fragmentación de los objetos de estudio (acaso una derivación más de *L'histoire et miettes* como refería Dosse) y el recíproco abandono de la discusión teórica y conceptual sobre los alcances de una historia intelectual tensionada entre un creciente énfasis “transnacional” y la continuidad de cierta perspectiva “naciocéntrica”.

Tras el prestigio acumulado a lo largo de la primera mitad del siglo XX, los *intellectual historians* que en la versión estadounidense refiere principalmente a historiadores de las ideas, fueron desplazados por los cultores de la historia social, especialmente a partir de los años sesenta. Ese escenario negativo para la historia intelectual en Estados Unidos se agudizó aún más, de acuerdo a McMahon y Moyn, con la expansión de la *new cultural history* en la década de 1980, a través de la recuperación de la *histoire des mentalités* francesa y la antropología simbólica geertziana, en los casos ejemplares de Lynn Hunt o William H. Sewell Jr., o a través de los sucesivos debates abiertos por Peter Novick en 1988 con **That Noble Dream**.

The objectivity question and the American historical profession y la polémica mantenida entre Russell Jacoby y Dominick LaCapra en las páginas de la **American Historical Review**. Sumado a la impugnación contra una historia intelectual o de las ideas frecuentemente “formalista” y “elitista”, el desafío del *linguistic turn* movilizó a un conjunto de historiadores intelectuales especializados en temáticas europeas a reconsiderar los límites de su empresa académica. Un resultado significativo de dicha querrela fue la compilación que el propio LaCapra y Steven Kaplan organizaron y en la que participaron Roger Chartier, Martin Jay y Hayden White, entre otros.

En la estela de esas discusiones, y tras 25 años de aquél momento de acentuada auto-reflexión sobre las perspectivas abiertas y los obstáculos vigentes en historia intelectual, McMahon y Moyn pretenden ofrecer un renovado balance que supere un período donde habría dominado una marcada reticencia a la reflexión metodológica y teórica ante el temor de que la sub-disciplina deviniera en “crítica historiográfica” (p. 6). El éxito actual de la historia intelectual estadounidense sería visible en la expansión de ámbitos de sociabilidad especializados, en la recuperación de prestigio frente a las demás ramas de la práctica historiadora y en la recuperación de un lugar destacado en el mundo de las publicaciones periódicas, desde **Journal of History of Ideas** o **History and Theory** hasta la creación de **Modern Intellectual History**, que reúne a los compiladores y buena parte de los colaboradores del presente volumen. Este momento parecería reclamar, sin embargo, un cotejo de los consensos conceptuales y metodológicos que dan “unidad” a la historia intelectual.

A lo largo de catorce capítulos, la compilación de McMahon y Moyn reúne colaboraciones de una “nueva generación de historiadores intelectuales”, preocupados por discutir premisas teóricas seminales bajo el asedio de nuevos

interrogantes metodológicos. Un primer grupo de textos lleva inicialmente a Darrin McMahon y Peter Gordon a ocuparse de los legados de Arthur Lovejoy y Quentin Skinner, respectivamente. Si el primero es usualmente indicado como el “padre fundador” de la vieja tradición de historia de las ideas y el segundo como el promotor del contextualismo de la *Cambridge School*, los autores invitan a una revisión tanto de la producción de Lovejoy y Skinner cuanto de la más amplia tradición de “historia del pensamiento político”, de fuerte raigambre en los centros académicos norteamericanos y británicos, mayoritariamente representados entre los colaboradores del libro. Así, vinculados al examen de las tradiciones nacionales en historia intelectual, Antoine Lilti y Jan-Werner Müller presentan sendas situaciones en Francia y Alemania, mostrando los obstáculos disciplinares e institucionales entre los cuales se desarrolló la *intellectual history*, entre la *histoire culturelle* deudora de *Annales* y la *Begriffsgeschichte*. Significativamente, estas tres vertientes de indagación historiográfica, que sumariamente se reconocen dentro del ámbito de la historia intelectual en América Latina, difícilmente se conectan entre sus productores metropolitanos.

Un segundo conjunto de capítulos busca relocalar la relación entre la historia intelectual y otros géneros historiográficos conexos como la historia cultural (Judith Surkis), la historia social (Samuel Moyn), la historia de las disciplinas (Suzanne Marchand) y la historia de la ciencia (John Tresch). En cada caso, además de las reconstrucciones de los respectivos pasados sub-disciplinares y los balances actuales, se promueven lecturas cruzadas en un tono programático, indagando, con suerte dispar, en las posibilidades de comunicación y enriquecimiento colectivo. Surkis demuestra que la nueva historia cultural, alentada por los trabajos señeros de E. P. Thompson, Natalie Z. Davis o Robert Darnton, ha producido notables innovaciones en el campo de la historia intelectual, lo que justificaría pensar en una productiva

combinación de perspectivas. En el mismo sentido, Moyn inscribe los últimos desarrollos de la historia intelectual en el debate sobre la "autonomía" de las ideas respecto de "la sociedad", historizando el ascenso de la categoría de "imaginario social" en los años setenta, en tanto ensayo para resolver la supuesta dicotomía entre las interpretaciones materialistas y el funcionalismo parsoniano. Marchand y Tresch, por su lado, rescatan la productividad que Michel Foucault, Edward Said o Bruno Latour han aportado a la renovación de los estudios de las disciplinas modernas, los saberes generados en contextos de dominación colonial y la producción de conocimiento científico.

Si las relaciones entre historia intelectual y otros campos de indagación historiográfica han mutado especialmente en los últimos años, no menos importantes parecen dos descenramientos de perspectiva ponderados en los capítulos finales del libro: el llamado "retorno del sujeto" y la narrativa biográfica en historia intelectual, por un lado, y el efecto de desplazamiento geográfico y la alteración en las escalas territoriales "centro-periferia", por otro. La pregunta por el estatuto de la subjetividad y la proliferación del género "biografía intelectual" recientemente dan el marco a los capítulos de Traci Matysik y Marci Shore. El "giro subjetivista" no sólo indicaría una especial atención a la unidad personal en la construcción del conocimiento histórico sino a la "intromisión de la vida" (p. 195) en la operación historiográfica, es decir, la necesidad de atender los vínculos afectivos interpersonales y las disposiciones emocionales de los agentes sociales. A la relativamente exitosa reducción de la unidad de análisis a la experiencia vital individual, la historia intelectual parece registrar la ampliación de las fronteras temporales y espaciales de sus objetos de estudio mediante una reconsideración de procesos de larga duración o del *internacional turn*, de acuerdo a la expresión de David Armitage. De acuerdo a John Randolph, la dimensión espacial adquirió una cardinal importancia en los trabajos de historia intelectual al calor de los diversos cuestionamientos de las fronteras nacionales como marco último de interpretación y al ascenso de las teorías de la mundialización cultural. En ese sentido, el desplazamiento de Europa como meridiano absoluto de producción intelectual, de acuerdo a Shruti Kapila, permitiría relanzar una "historia intelectual global" que, mediante las "provincializaciones"

de los centros consagrados, ilumine con nueva luz espacios hasta el momento marginados del escenario mundial. Kapila enfatiza en el proceso activo de la recepción de ideas europeas en ámbitos geográficamente periféricos y en la siempre incompleta "adaptación" y constante traducción que esa operación supone. Sin más, concentrándose en el caso de India, no parece sugerir nuevas preposiciones a lo que, en el ámbito latinoamericano, ya fuera indicado por José Aricó, Roberto Schwarz o Julio Ramos.

El libro de McMahon y Moyn constituye una valiosa contribución a repensar el derrotero de la historia intelectual en los últimos años. La compilación reúne así textos dispuestos a ofrecer balances disciplinares y proponer líneas futuras de trabajo a partir de síntesis de lectura muy valiosas. Si bien concentrado en la experiencia europea, y configurado de acuerdo a la agenda de discusión académica estadounidense, el registro general de los artículos no deja de interpelar los alcances de la historia intelectual en otras latitudes.

Ezequiel Grisendi

(PHAC-IDACOR-CONICET/UNC)

*A propósito de Juan Pablo Scarfi, **El imperio de la ley. James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, 251 p.*

En **El imperio de la ley**, Juan Pablo Scarfi analiza el proyecto de construcción de un sistema jurídico panamericano, a través del seguimiento de la trayectoria político-intelectual de uno de sus principales promotores, el norteamericano James Brown Scott. La obra, una versión adaptada y ampliada de la tesis de maestría que el autor defendió en la Universidad Di Tella, se ubica así en una zona de confluencias entre discusiones y tradiciones historiográficas emparentadas pero diversas: por un lado, como sostiene el prologoista, Ricardo Salvatore, se trata de un aporte al floreciente campo de los estudios culturales acerca de la hegemonía imperial norteamericana en América Latina, un tema por lo general dominado por las dimensiones política y económica. Por otro lado, puede pensarse el libro en sintonía con una nueva historiografía del derecho y de las relaciones internacionales, que indaga en esos campos, ciertamente tradi-

cionales, con perspectivas teóricas y metodológicas renovadoras. Por último, se trata también, y así la presenta su autor, de una obra de historia intelectual, que se sitúa por ello en un territorio dinámico de temas y debates.

La clave que Scarfi encuentra para abordar el diseño del orden panamericano es la obra y actividad de su principal ideólogo, Brown Scott, parte de un grupo de juristas liberales norteamericanos que a comienzos del siglo XX se propusieron como tarea la construcción del derecho internacional. Estos desarrollaron un discurso nuevo acerca del carácter de las relaciones internacionales y las dinámicas de resolución de conflictos que utilizaba como matriz los fundamentos del sistema jurídico estadounidense. Los principales instrumentos de ese nuevo orden internacional debían ser las cortes internacionales de justicia, encargadas del arbitraje y de la resolución pacífica y legal de los conflictos entre naciones.

Los proyectos de Brown Scott buscaron promover esos principios en el continente americano a través de la difusión de ideas, el armado de redes y la creación de instituciones que sirvieran a la construcción de un sistema legal interamericano. Como argumenta Scarfi, se trataba de un proyecto diseñado con una visión etnocéntrica, poco sensible a las singularidades de los sistemas jurídicos locales en los que pretendía influir. La "misión civilizadora" de Brown Scott servía así a los fines de lo que el autor conceptúa como "imperialismo legal", que pretendía instaurar la hegemonía norteamericana a través de la influencia cultural, y que irradiaba las clásicas nociones asociadas al excepcionalismo de aquél país.

La estructura del libro se organiza en torno de diferentes etapas o facetas del recorrido de Brown Scott, una figura que combinó exitosamente la labor académica y la iniciativa intelectual con la función pública y la intervención política. A la creación de instituciones legales y revistas dedicadas a la disciplina que buscaba consolidar, se suma su actividad en el Departamento de Estado norteamericano desde los primeros años del siglo XX, un momento clave para los cambios de la política exterior del país.

El capítulo uno del libro aborda los proyectos de Brown Scott para la implementación de cortes internacionales y su participación en las po-